

Olimpia Pombal  
Duarte

*Romance remediano*

I

—¿Alguien te canta, San Juan  
de los Remedios del Cayo?  
—Me canta el mar de Tesico  
y mis ríos subterráneos,  
mis tierras de sal y almagre,  
mis vientos, bosques y charcos,  
mis campos de verde luna  
y mis caminos y pájaros.  
—¿Y qué te cantan, San Juan  
de los Remedios del Cayo?  
—Me cantan viejas leyendas  
de rostros dulces y bravos  
con sueños interrumpidos  
por roncadas voces de fango,  
de mansa carne cobriza  
rota en la luz de un relámpago  
y las cadenas forjadas  
en la cruz de un dios extraño.  
Me cuentan de extrañas sombras  
sudando pena y guijarros,  
de la amalgama inconclusa  
con claroscuros humanos

y su dolor fugitivo  
hecho con montes y dardos.  
Me cantan también las crónicas  
de piratas y corsarios,  
de las brisas y el salitre  
rondando los contrabandos  
en las noches marineras  
que desgranar sus presagios;  
de mis huertos florecidos  
con el amor y los brazos,  
de la quietud destrozada  
por los bronce espantados  
y los sables codiciosos  
que parieron negras naos;  
el cambio de oro por vidas  
tras un miedo sin reclamo  
y de la negra bandera  
bajo un cielo sin amparo.

## II

—También yo quiero cantarte,  
mi San Juan de los Remedios,  
pues llevo un alma forjada  
en la fragua de tu suelo.  
Cantaré tu Boquerón,  
la entrada de los infiernos,  
a tus hijos que enfrentaron  
a Lucifer y vencieron  
sin importarles el Rey  
ni el Obispo, mucho menos  
párrocos, gobernadores,  
exorcistas y posesos.  
Quiero cantar tus vivencias,  
la historia de los tormentos  
fraguados entre sotanas,  
—que no en el oscuro reino—,  
pues Satanás fue tan solo  
de la ambición testafarro.  
Quiero contar de tu gente  
la tozudez por sus fueros,

la intransigencia que nace  
bajo la espada o el fuego  
y la ingente maravilla  
de dar a luz tantos pueblos.  
A tu tesón cantaré,  
que venció angustias y miedos  
peregrinando por tierras,  
valles, hatos, sendas, cielos,  
pero dejando hacia el mar  
la raíz de tus recuerdos.  
En un romance de palmas  
cantaré sobre los tiempos  
de la llama redentora  
quemando noches y nervios,  
de la estrella que en su luz  
forjó tus vivos y muertos,  
de otro pendón diferente,  
no aquel triste blanquinegro;  
cantaré sobre la Patria  
que te acunaba en su cuerpo,  
de tus gentes insumisas  
destrozando el yugo ibérico.  
Quiero escribir en tus muros  
sobre un pendón, el tercero,  
con su sombra rojinegra  
iluminando los pechos  
que un día inundó tus calles,  
vistió de verde tu incendio  
y derramó en tus arrugas  
la pasión de un himno nuevo.

### III

—¿Quién más te canta, ciudad  
perdida en tus arboledas?  
—Yo misma me canto ahora  
gozando el fin de mi espera,  
transformando madres de agua  
en el sol que dan las letras  
y convirtiendo mis güijes  
en músicos y poetas;

por eso siembro retoños  
sin raíces de miseria,  
y tejo un manto de sueños  
para envolver una flecha  
en el arco del futuro  
y así matar la indolencia.  
Yo me canto, y canto así  
porque dentro de mis piedras  
duermen aún mil historias  
entre mitos y leyendas.  
Y quiero que me despierten,  
que inunden toda mi tierra,  
que me sacudan los años  
y los restos de cadenas.  
No quiero quedar dormida  
sobre arpegios y poemas  
ni que el polvo de los siglos  
en mi seno permanezca;  
yo ansío mis horas vivas  
como llamas de una hoguera  
y un tiempo de nomeolvides  
que toque siempre a mis puertas;  
quiero sentir mi pasado  
como fuente de agua fresca  
que riegue toda mi vida;  
quiero sentir la grandeza  
de estallar año tras año  
en una explosión de estrellas,  
alegrías y colores  
que solo maten tinieblas.  
Que cante también mi gallo,  
que mi gavián no duerma  
y me acompañen mis hijos  
en esta canción eterna  
donde trina la esperanza,  
la sangre nueva gorjea  
y se levanten, airosas,  
mis tres palmas centinelas.